

cia? Comenzábase á sentir en aquella sociedad, brillante todavía, un malestar interior, una especie de cansancio. Los excesivos gastos de la guerra anterior, el costoso mantenimiento de un ejército de 150,000 hombres en tiempo de paz, y las construcciones de puro lujo, como Versalles, Trianon, Marly y el Louvre, ó de utilidad, como los puer- tos, las plazas fuertes y el cuartel de los Inválidos, habian destruido el equilibrio en la hacienda.

Colbert agotaba su imaginacion en buscar recursos, tuvo tambien que vender empleos, que crear rentas á rédito oneroso y que aumentar la talla, deplorando en el alma que se perdiera así el fruto de su obra, pues volvia el erario á su estado de antes. Sucumbió en la tarea : Colbert murió en 1683, á los 64 años, gastado por el exceso de trabajo y muy lastimado por las injustas reconvencciones del rey. « Si hubiera yo hecho por Dios lo que he hecho por ese hombre, decía con amargura, habria ganado el cielo diez veces, y ahora no sé lo que será de mí. » Dividieron su mi- nisterio, encargando la marina á su hijo el marqués de Sei- gnelay y la hacienda á Pelletier (1683-1689) y despues al conde de Pontchartrain (1689-1699), que le sucedieron sin reemplazarle.

Dos años hacia que estaba en el sepulcro Colbert, cuando cometió Luis XIV la falta mayor de su reinado con la revocacion del *edicto de Nantes*. Colbert habia protegido á los protestantes porque lo merecian como súbditos útiles é industriosos; pero Luis los consideraba como antiguos re- beldes que dictaron leyes á sus predecesores, y los aborre- cia por heréticos y porque sospechaba que no eran muy partidarios de reyes absolutos. Además parecíale tambien que la unidad religiosa era tan necesaria en el Estado como la política; y bajo este concepto, las diversas influencias que se disputaron á Luis XIV en su vejez pudieron fácil- mente hacer, despues del tratado de Nimega, que entrase el gobierno en la via de los rigores. El rey se hallaba em- peñado á la sazón en reñidas contiendas con la Santa Sede sobre la cuestion de regalías; mas no queria, sin embargo, que se dudara de su celo en favor de la Iglesia, y para

probarlo así se volvió contra los protestantes. Quitáronles sucesivamente todas las garantías que les aseguraba el edicto de Nantes, multiplicaron las misiones en las provin- cias y compraron conciencias á peso de oro. Louvois, que secundaba con calor en este punto los deseos del rey, mez- cló en la cuestion el elemento militar y despachó oficiales contra los calvinistas, que cometieron excesos crueles, y como los dragones se distinguieron entre todos por sus violencias, llamaron á aquella ejecucion *las dragonadas*.

Por fin el 22 de octubre de 1685 se dió el último golpe con la publicacion de un edicto que revocaba el de Nantes. Prohibieron á los protestantes el ejercicio público de su culto, excepto en la Alsacia, y ordenaron á los ministros que salieran del reino en el término de quince dias, sin que les pudieran seguir sus partidarios, bajo pena de gale- ras y confiscacion de bienes. Estas providencias tuvieron consecuencias monstruosas: los reformados se quedaron sin *estado civil*, sus matrimonios fueron declarados nulos, cuando mediante algun fraude no los habian hecho consa- grar por la Iglesia católica, y sus hijos ilegítimos. Bastaba que se probara que un hombre era herético para que le confiscaran sus bienes, y el delator tenia siempre una parte.

Trescientos mil reformados pasaron la frontera en los últimos años del siglo XVII, no obstante la policia de Luis XIV, llevando al extranjero las artes, las manufactu- ras y el odio á la Francia. En Holanda, en Inglaterra y en Alemania se formaron regimientos enteros de calvinistas, y los que se quedaron en el reino no esperaron mas que la ocasion de romper el yugo inicuo que sobre ellos pesaba; aun cuando fuera á costa de una guerra civil. ¿Qué resul- tados produjeron aquellas violencias? Antes de la revoca- cion del edicto de Nantes habia un millon de protestantes en Francia, y en el día se cuentan cerca de dos millones.